

# La última afeitada

Abel Arcos Soto

Dossier inCUBAdora

La vida del Abuelo estuvo dominada por una forma pura de la experiencia hasta bien entrados los 70 años, sus lecturas venían a completar entonces un sentido muy práctico de lo que significa acontecer. Pero la vejez es el cese abrupto del movimiento y la euforia, y esa esencia ya perdida de lo inmediato quedó confinada a la soledad de la lectura. Libros que no serán más un medio, sino un fin, y que junto a la insolencia de los seres cercanos a la muerte, puede conducir perfectamente a una inquietud por la escritura. Quizá que haya alcanzado tal longevidad con un deseo intacto de reinventarse se deba precisamente a que siguió con extremo celo un modelo leído en su juventud. Asumiendo consecuencia como virtud, aquí radica su virtud menos discutible: es un hombre consecuente. Aunque lo que antes era expansión el tiempo lo ha sustituido por un dejarse estar, logró salvar cierta continuidad cuando en lugar de leer porque vive, ahora vive porque lee. Sea por la certeza muy cuestionable de que hay algo en él que debe ser preservado o por el resultado de la suma del ocio y los libros, un buen día el abuelo simplemente se sentó a escribir.

Principiante al fin, teclea mucho pero escribe poco, las palabras no le obedecen como dentro de su cabeza, donde todo parece un reloj abierto. Viejo zorro y orgulloso de lo que ha sido, cree sin embargo que es sólo modestia lo que lo separa de un buen escritor. Por consiguiente accede a ocultarse tras una figura, un pretexto que le sirva para hablar de sí mismo y que en su caso es aquel rostro que no abandona sus sueños de viejo, que lo persigue como si tuviera algo muy íntimo que revelar.

A pesar de haber estado junto al Che Guevara durante los años que el Che estuvo en Cuba, mi abuelo nunca logra recordarlo bajo otra forma que no sea la fotografía de Korda, una imagen ¿cómo decirlo? políticamente correcta, libre de toda ambigüedad. Extrañamente no olvida cosas en apariencia insignificantes como el olor de su oficina y el largo de los pasillos del Ministerio, tampoco ninguno de los sitios a los que fueron juntos. No olvida, en resumen, los espacios. Salvedad hecha de un detalle que eligió como primera oración de su libro: *Muralla, el perro del Che, se sonaba unos pedos tremendos.*

Y así el abuelo despierta siempre antes del amanecer, medio asustado, medio nostálgico de aquellos años que se desdoblan como un acordeón a la hora de narrarlos, que en tiempo literario representan más que toda su vida. Entonces resulta llano y natural escribir, igual que andar descalzo o contárselo a sus hijos, a

sus nietos, a mí. De esto se trata ser escritor (se dice mientras acumula cien, doscientas, infinitas páginas), de sentarse a teclear bien temprano en la mañana para retornar adonde nos sentíamos mejor. Y he aquí que el tiempo se apiadó del abuelo y, rejuvenecido con su manuscrito bajo el brazo, atraviesa la ciudad a la caza de un editor.

En Cuba, el Che Guevara es fácilmente editable, el autor, cualquiera, tiene garantizada la publicación de cuántas obras sea capaz de engendrar mientras se mantenga fiel a su personaje. Secuelas, sagas –piensa el abuelo-, de eso se trata publicar, leves variaciones sobre una misma idea. Sus pies lo guían espontáneamente en la dirección correcta, su nombre ya se encargará de abrir las puertas necesarias para saltar niveles de burocracia. La entrevista, con un antiguo conocido, es un ponerse al día: hay café, tabaco, risas y un impasse cuando es sincero y dice a qué vino en realidad. Entre burócratas, es común y de muy buen gusto que la verdad venga seguida de un silencio incómodo.

Muy fino, casi una niña, su viejo amigo intenta explicarle que no podrán publicar su libro, toda vez que la política editorial del año en curso debe priorizar a Lezama Lima, recientemente víctima de un homenaje post-mortem.

Algo violento se mueve en los ojos del abuelo al escuchar una invitación para volver el próximo año, siempre y cuando no surjan homenajes imprevistos a otros

autores malditos, caso en el que deberá esperar otro año más y así sucesivamente dada la alta demanda de autores maldecidos.

Entendámonos, si esto ocurre en la era dorada del abuelo, ninguna fuerza habría impedido que su viejo amigo perdiera los dientes y la visión parcial de uno de sus ojos. Sin embargo, ya lo hemos notado, el abuelo al que aquí se hace referencia es un lobo cansado que esboza una sonrisa desencantada antes de ponerse de pie y partir con su manuscrito en la mano como un arma dañada. Sí, el abuelo ha aprendido a reírse de sí mismo, ha perdido su inocencia y por extensión (lo diré) se nos está haciendo un verdadero escritor entre las manos. Prueba incontestable de ello es que en lugar de preguntarse: ¿quién coño es Lezama Lima comparado con el Che Guevara?, como cabría suponer, su duda se resume a esto: ¿Quién es Lezama Lima, y cuántos viejitos cubanos además de él podrían morir mañana sin haberlo leído? Atravesado por algo como un extravío le viene a la mente aquel chiste tan popular entre los soviéticos acerca de las cinco leyes básicas del comunismo:

1. *No pienses.*
2. *Si Piensas, no hables.*
3. *Si piensas y hablas, no escribas.*
4. *Si piensas, hablas y escribes, no firmes.*

5. *Si piensas, hablas, escribes y firmas, no te sorprendas.*

La primera vez que se lo contaron no le causó mucha gracia el chistecito y resulta que ahora es incapaz de parar de reírse. ¿Pensarán simplemente que es un loco (otro más) al verlo muerto de risa por las calles de La Habana, o pensarán peor? Dejemos por una vez que la gente piense lo que quiera (piensa el abuelo), que a estas alturas apenas piensa cómo y adonde está yendo. Siente, eso sí, que su manuscrito es una extensión de su mano, como si esas palabras que costaron tantas noches se hubieran marchado allá adonde pertenezcan. Y con un secreto y extraño terror comprende que es ese, el de las hojas en blanco, el único peso que su cuerpo podrá cargar.

Ahora sólo resta el encierro, la soledad del que desea saber.

Después será la confesión, después llama por teléfono a mi padre (pedir que lo haga en persona sería mucho pedirle) y sin que medie saludo alguno se desahoga así: *llevo dos meses encerrado leyendo a Lezama, al parecer ese gordo no era ningún comemierda*. Y cuelga, dejando a mi padre imaginando qué habría sido su juventud si el abuelo se hubiera encerrado unos meses hace treinta años.

¿Habrá llegado su hora? Qué va, si de horas se trata la única que espera el Abuelo es la de sacar los dientes frente al espejo para suplantar de una vez aquella imagen terriblemente correcta del Che Guevara.

Pero qué raro, qué cosa extraña la memoria que en lugar de devolverlo a su juventud, tan llena de paisajes diáfanos, lo lanza de un tirón a una escena muy posterior en su vida como para ser inicio de autobiografía alguna. ¿Qué edad tiene? Qué importa, si el sol moderado por el parabrisas le calienta unas manos vigorosas que sostienen un timón, y la brisa de la carretera le despeina constantemente un pelo negro y abundante. El motor del Lada late al compás de su pecho o a la inversa y su mirada está velada tras unas gafas oscuras, se sabe en paz con su tiempo. Tiene un propósito, no anda simplemente paseando ni tampoco se va de viaje aunque por el retrovisor huyen deprisa las vallas que anuncian:

*Aeropuerto José Martí.*

*5 km*

No, el Abuelo no se va de vacaciones, va hacia un desvío en la ruta de los aviones. El Reparto Aldabó con sus dos o tres mansiones congeladas en 1959 salpicadas de compactos multifamiliares erigidos hace dos o tres puestas de sol. Deslizándose entre ellos el Abuelo recuerda que allí, bajo un cielo sin nubes, realizó su primer trabajo voluntario junto al Che. Una agradable nostalgia pasa de su cuerpo al motor y el Lada vuela bajito y suave hasta el caserón al final de una calle sin salida. Ok, el muro parece baleado, las paredes como si se derritieran y los techos garabateados de humedad, pero el caserón en general conserva cierta arrogancia

humilde. El jardín, por ejemplo, es de un verde vivo y está poblado de flores y allí hay una mariposa. Lo han hecho esperar ante la puerta abierta, y escucha: una risa infantil, pies descalzos que corren tras esa risa, una melodía como salida de una radio del pasado. Los que han visto a su hermano cuentan que Severo es un mal retrato de lo que fue, desolado, aseguran que su sombra se quiebra al respirar. Sin embargo el Abuelo lo encuentra casi idéntico a cuando, muy jóvenes, se tumbaban en el amplio portal de La Sal a fumar mecidos por el aburrimiento tibio de las tardes cerca del mar. También es cierto que sus ojos de un azul febril se han transparentado, y su voz que se esparcía en ecos ha dado lugar a una expresividad sumamente parca. Digámoslo claro, el tío Seve no ha pronunciado una sílaba desde que vio al Abuelo. Un dedo en los labios como toda réplica y un gesto cordial que lo invita a salir fuera. ¿A mirar las nubes echados en el jardín? ¿Al interior del Lada con sus puertas y ventanas bien cerradas en lento suicidio?

A un paseo.

Una tarde que se parece al otoño va tomando la avenida, en el parabrisas emerge la ciudad nítida como después de una lluvia que nunca cayó. El silencio impuesto por el tío Seve hace pensar que se dirigen a confirmar una mala noticia. En repetidas ocasiones el Abuelo ha querido articular lo que vino a informar, pero su hermano, inmutable, se tapa los oídos. Hay una rara armonía en sus rostros tan

parecidos y tan distantes mirando fijamente hacia adelante, tienen cara de quien intenta adivinar el futuro. En un semáforo en rojo, el Abuelo se voltea y le asegura que no lleva micrófonos encima, que dentro de su Lada uno puede expresarse libremente. El tío Seve sonríe como si le diera gracia su propio reflejo en las gafas del Abuelo.

Y silencio.

El Lada deambula por la ciudad tímidamente, parando en cada esquina, tomando la derecha queriendo la izquierda, a veces acelera y a veces se abandona a la inercia hasta que, como impulsado por un resorte, enfila hacia el Hotel Nacional. Y no es una trampa, ha sido sin querer. Además al tío Seve le gusta la idea y enciende un cigarro para demostrarlo. El Abuelo acepta uno, aunque no es fumador se siente interesante fumando mientras desciende, cierra de un portazo y da la espalda a su Lada.

Quizá fuera temporada baja pues los pasillos del Hotel Nacional eran de un vacío al que un carrito de la limpieza estacionado frente al ascensor daba una nota inquietante. En el momento en que salen a los jardines, un niño muy pálido juega a hacer pompas de jabón junto a la fuente. Al pasar por su lado el Abuelo y el Tío Seve lo vieron soplar una burbuja que hizo *flop* justo delante de ellos. Pero siguieron de largo, recto, como si no fueran a detenerse ni siquiera ante las rocas,

ante el mar de un azul tranquilo. Parados al borde de ese ensayo de risco y con el gran cañón apuntándoles a la nuca, cualquiera pudiera dudar de que compartan una misma unidad de lugar. Ambos, sin decírselo, supieron que algo yacía muerto bien cerca, o el olor provenía del mar y la brisa traía a ráfagas su presencia, pero la muerte rondaba por ahí, era indudable. Para romper el hielo al Abuelo se le ocurrió mostrarle una de sus fotos de aniversario con el gran cañón de fondo. El tío Seve la observó detenidamente y pensó que así frontales, las fotos familiares tienen mucho de radiografía dental. Se la devolvió sin comentarios y el Abuelo la guardó con sumo cuidado, luego se quitó las gafas y la tarde lo encandiló un segundo.

- Me mandan a informarte que no intentes salir del país, si lo haces te van a cazar.

-¿Cómo te fue en Moscú mi hermano?

No lo llamaba así desde que eran muchachos, adolescentes que conocían poco más allá de los límites de La Sal ¿Dónde residía la trampa de la pregunta, en la palabra *hermano* o en *Moscú*? ¿Ambas? ¿Qué le diría si Severo, su hermano, preguntaba ahora por la nieve? ¿Cómo explicar la nieve?

-Si te vas –repitió el Abuelo-, te estarán esperando.

-Te vi en la televisión, te vi responder cada pregunta, te vi.

-¿Quién?, todos, ¿dónde?, en todas partes, hombres ranas sumergidos, supuestas parejas haciendo el amor en la orilla, falsos pescadores, árboles que no serán árboles, luces lejanas que no serán estrellas; todos agentes aguardando la orden de cazarte cuando te metas mar adentro para abandonar el territorio nacional.

-Una cosa sería esa distancia ¿verdad?, 9550 kilómetros, perfecto nombre para un programa de televisión.

Al Abuelo no le avergüenza la situación ya que todos sus amigos tienen uno o más hermanos en desgracia por ahí, la vergüenza es que su hermano no quiera entenderlo.

- No puedes irte Severo, y no es un consejo.

-¿Crees que alguien escriba de nosotros? No de ti y de mí, hablo de *nosotros*.

Sin darse mucha cuenta de lo que hace el Abuelo posa la mirada en la boca del gran cañón y ahí se le queda, sin respuestas.

Avivada por una racha húmeda la peste a bicho muerto lo sacudió y se descubrió a solas, una colilla humeante en el pasto como único rastro de Severo. Allá el niño de las pompas de jabón, probando no ser ilusión, va manso del brazo de su padre apareciendo y desapareciendo tras las columnas que bordean el jardín. La fuente brota constantemente a pesar de que nadie le presta atención, por cosa de minutos

el Abuelo esperó a que se iluminara, no ocurrió. Casi por inercia, avanza hasta donde la hierba caía en rocas. Debido a la variedad arbitraria de tonos y a una extraña perfección en ese caos, el cielo se le hizo inestable. La brisa cesó bruscamente y el sol, que andaba por la mitad, era cruzado por pájaros vagamente emparentados con las cigüeñas. Un mareo, una sensación en cascada al distinguir el cuero de lo que fue un perro amarillo y blanco pegoteado a las rocas como un huevo frito. Entonces al Abuelo se le nubló la vista y de un resbalón se vio de culo junto a la cosa muerta, la cabeza sin ojos del perro se despegó del risco y con aquel acento entre pausado y seco del Che le habló así:

*Hay veces que no vale la pena emborronar cuartillas.*

Acto seguido la cabeza volvió a ser grama en la piedra.

Sin gritos, sin miedo, una manchita de sangre en la mano y la llamada monótona del mar que de pronto suprimió el habla, de pronto el Abuelo estaba sorprendido de ser él mismo.